La Ilustración Artística

Año X — Barcelona 25 de mayo de 1891 — Núm. 491



ROSENDO NOBAS célebre escultor fallecido en Barcelona en 5 de febrero de 1891, y algunas de sus obras más notables

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Diálogos astronómicos. – Miradas al cielo. – Noches serenas. – Alma luz. – Escritores que divulgan los conocimientos astronómicos. – El planeta Mercurio. – Su paso por el sol. – Péndulos monstruos. – Hermosas las estrellas y hermosas las exposiciones. – Cuatro certámenes capitales – Centenario de Victoria Colonna. – Libro de Michelet sobre Roma. – El calvinismo de tan grande artista opuesto al conocimiento de Roma y España. – La ciudad Eterna y los protestantes. – Conclusión.

I

Mucho embarga el ánimo de nuestra Europa la crisis económica por que atravesamos; pero no lo embarga menos el movimiento sideral y astronómico. Los diarios y revistas por una parte, y por otra las Enciclopedias que por doquier se dilatan, los libros de difusión científica y los innumerables Diccionarios popularizan las ideas más altas y divulgan los conocimientos más difíciles en términos tales, que se habla de astronomía entre los contertulios de cualquier prosaica familia. Muy áridos todos estos conocimientos en su parte matemática; pero muy curiosos y regocijantes así que penetran en las indagaciones por analogía y nos refieren cómo debe pasarse la vida en otros mundos por comparaciones entre sus movimientos de rotación y traslación que han de prestarles días y noches, años y estaciones, cual á nosotros los terrícolas. Desgracia grande: aquel astro más próximo á nuestro planeta, la blanca luna, por cuyos montes nos paseamos con mayor facilidad merced á los anteojos, que pudiéramos pasearnos merced á los pies por nuestros mismos Alpes y Pirineos, está muerto y se asemeja en el telescopio á una semiesfera de cal. Mas como los dos grandes elementos criados por el Eterno sean la idea, esa luz del alma, y la luz, esa idea del Cosmos, no podemos apartar los ojos del cielo sereno y estrellado en las primaverales noches. Y al contemplarlo con curiosidad, no podemos dejar de sentir inquietud por conecerlo con espacio. Cuando yo era muy chico, hace poco más ó menos ahora medio siglo, leía mucho los rudimentos, asequibles á mi fantasía, de todas estas ciencias, en libros vulgarizados por aquella sazón y á los cuales podríamos llamar con fundamento amenos y recreativos. No quiero mentar el donosísimo de Voltaire, titulado *Micromegas*, donde ya se burla con tanta gracia el eximio escritor de una filosofía subjetiva, destinada en sus exageraciones á probarnos cómo el espacio debe tenerse por una tela de araña extendida en lo infinito por nuestro pensamiento, y las estrellas como unas luminarias animadas por nuestro soplo reverberando los conceptos é inscribiendo en la inmensidad los ideales nacidos entre las cuatro estrechas paredes del humano cerebro. Pero ya que no mencione sátira tan corta y tan sutil como esta, sí quiero mencionar un libro de Fontenelle, sobre la pluralidad de mundos habitados, que me sacaba de quicio y me hacía soñar despierto cuando no contaba yo siquiera de vida lustro y medio. Ahora, dentro de la ciencia misma existen libros de mejor y más fácil lectura: el *Cosmos* de Alejandro Humboldt y la *Astronomía popular* de Francisco Aragó. Mas quien desee dar á la fantasía rienda suelta y montarse á su arbitrio sobre todas las hipótesis, cabalgando cual un Astolfo por todos los espacios celestes, no tiene sino coger un volumen de Flammarión y darse á su lectura. Un cronista de Londres no describe la ciudad y su vida con las minuciosidades que mi amigo el astrónomo fantaseador cuenta de la vida en el alegre y caluroso planeta Venus ó de la vida en el tardo y sesudísimo Saturno. Así, los conocimientos astronómicos se han divulgado por todas partes, y las gentes más reñidas con los humanos saberes y los fastidiosos sabios han podido departir á su antojo sobre la carrera de Mercurio en la faz del sol como pudieran sobre la carrera de caballos en el espacio del Hipódromo. Francamente, gústame contemplar los ojos humanos convertidos al cielo, siquier en vez de mirar á Dios miren á las estrellas. Nos han metido las últimas publicaciones en boga con tal empeño hasta la cintura dentro de lodazales inmundos, que los agujeros por do columbramos lo celestial y entrevemos lo infinito deben multiplicarse y no disminuirse. Hase dilatado por el telescopio y por el cálculo en términos tales el Universo, que parece cada día mayor y más digno de nuestra estirpe un templo esclarecido por las estrellas, aromado por las flores, en el éter celestial sumergido, revelando como tangible lo infinito, componiendo conciertos con las atracciones y las afinidades, exhalando como un misterioso incienso el místico humo de las ideas á los senos insondables del eterno misterio.

II

Todos los átomos se mueven. Este movimiento hace vibrar sus moléculas. Esta vibración engendra el calor. *Motus est causa caloris*. Este calor enciende la luz. Pues como la luz presupone calor y el calor presupone movimiento, el movimiento presupone motor. Este motor es Dios. La creación química y la creación mecánica presuponen la existencia del Criador. Ni se ha demostrado la generación espontánea, ni se demostrará el movimiento espontáneo. La generación supone un generador supremo de la vida, y el movimiento supone aquel motor inmóvil de que nos habló Aristóteles. No podéis dar un paso en el espacio y en el tiempo sin encontraros en todas partes, no á la verdad oculto, patente y manifiesto, á Dios. El amor, entre los átomos cercanos, afinidad, produjo la cohesión química; el amor, entre los átomos lejanos, atracción, produjo la gravedad mecánica. A la luz difusa en el espacio se le llama éter. Por unas y otras fuerzas el éter se condensó en torno de núcleos, y estas condensaciones del éter en torno de núcleos produjeron los soles. De los soles se desprendieron, como de una cabellera los cabellos, como de una flor los pétalos y los pólenes, esos orbes llamados planetas, que todos tienen una forma esférica más ó menos perfecta. Estos se apartan del sol por un impulso, al cual podríamos llamar de odio y alejamiento, que les constriñe á precipitarse en los abismos del espacio, hasta que otro impulso de amor y unión los detiene próvido en su caída y los llama con suave reclamo á revolar de nuevo y subir trazando elipses, como la nave luminosas estelas, por los mares electrizados, por los espacios inmensos, en rededor de su etéreo y divino foco. Además de todos estos grandes cuerpos, hay esparcidos por el espacio, á modo que los insectos alados, las mariposas y las abejas; á modo que los insectos luminosos, las luciérnagas y las luciolas, asteroides, bólidos, planetillas semejantes á corpúsculos, cuyos elementos resultan idénticos á los elementos terrestres, y que diseminados en la inmensidad, si entran en el radio de atracción propia que tiene la tierra, penetran en su atmósfera, y al contacto suyo se animan en calor y encienden á una en vívida luz. Muchas veces el número de tales astros es tan considerable, que le llaman á su presencia lluvia de estrellas por asemejarse mucho á una granizada de luz, á un maravilloso nevasco de éter. En mis largos viajes por Italia he visto esas luciérnagas aladas volar en grandes enjambres sobre la superficie bituminosa de las lagunas pontinas, por las laderas verdes del monte Mario, y hame parecido asistir á una lluvia copiosa de misteriosísimos asteroides. Entre los planetas, cuatro, los menores, están más cerca del sol, y el mayor de los menores, al decir de los astrónomos, resulta la tierra; y cuatro, los mayores, más lejos del sol, y el mayor de los mayores resulta Júpiter. Los asteroides ó planetillas no pueden calcularse, pues aparecen como innumerables en la inmensidad, y como cuerpos opacos sólo se ven cuando penetran en atmósferas que puedan facilitar en ellos una combustión más ó menos viva y encenderlos. Además del calor solar, poseen el calor central todos los planetas; pero ninguno puede poseer las condiciones vitales de nuestra tierra; los unos, como la luna, por carecer de aire y agua; los otros, como Marte y Venus, por hallarse demasiado cerca del sol; los otros, como Júpiter y Neptuno, por hallarse demasiado lejos. Además del sol, de los planetas, de los satélites como nuestra luna y como el anillo de Saturno, de los asteroides, hay las estrellas alejadísimas de nuestro sistema solar, y á las cuales creemos encendidos soles, que tendrán quizás en torno suyo también obscuros y por tanto invisibles pero grandes y numerosos planetas, si hemos de inducir por analogía y hemos de dar algún valor á las probalidades. La estrella más vecina de la tierra es Pitágoras, ó sea el *alfa* del segmento de cielo á que damos el fantástico é impropio nombre de Centauro. Desde tal astro á nosotros hay doscientas mil veces la distancia que de nosotros al sol, y del sol distamos, como sabe hoy todo el mundo, en la mayor separación, unos ciento cincuenta millones de kilómetros. ¡Cuán bella y reveladora es la creación! El carro marcha majestuosamente por las noches de nuestro hemisferio, no lejos de la estrella Norte, adonde miran las puntas de nuestras brújulas y las retinas de nuestros ojos para orientarnos en los mismos espacios terrestres. La gran estrella de Orión, la estrella Sirio, reluce con tal brillo, que si pudiésemos acercarnos á ella, nuestro sol palidecería de seguro entre sus rayos como palidecen las míseras luciérnagas ante los rayos del sol. No temblemos por los cometas que vuelan arrastrados en una vertiginosa carrera y parecidos á plumas caídas de las alas esplendentes de un ángel invisible. No creamos gasas de materia cósmica, suspensas en los límites del universo visible, las vías lácteas inmensas que se hallan compuestas por polvo de soles y forman como inmensos arenales de divino éter. Aunque á los ojos de la poesía todos esos mundos aparezcan en visiones místicas cual áureos vasos consagrados al templo de Dios, escalas de diamantes y topacios por donde bajan los ángeles, místicas lámparas colgadas del firmamento, ó signos que trazan cabalísticamente los horóscopos de los mortales en sus astrológicas figuras, á los ojos de la ciencia resultan como gigantes hornos donde los metales aquí más fríos se hallan como volatilizados, merced á las aglomeraciones de oxígeno en combustión, semejante á la producida por incendios inenarrables, tormentas tonantes, volcanes en erupciones capaces de acalorar y enrojecer espacios inmensos con su terrible irradiación ígnea. Esta tierra fué parte integrante del sol. Desprendida un día de su masa, fué durante mucho tiempo sol de ella misma, luciendo con luz propia, irradiando calor á causa del fuego voraz en que se abrasaba. Si hubiéramos podido verla desde un orbe cercano en aquel entonces, acaso nos consumiéramos en ella como se consume la mariposilla en el resplandor de la luz esplendente á que ciega se aproxima. La tierra fué sol á su vez, pequeño sol, pero ardió y lució como los grandes soles y en competencia con ellos por su vivo fuego. Hoy mismo este fuego, llamado central, se halla en su corteza fría tan próximo como los granillos de la película que rodea y envuelve las entrañas de las uvas. El espesor medio de nuestro suelo no puede pasar, según sabios cálculos, de 44 kilómetros. Por consecuencia, si pudiéramos abrirla como abrimos la naranja, encontraríamos dentro de su cáscara un sol ardiente que, á cierta distancia colocado, podría llamar otros planetas con su atracción, esclarecerlos con su luz, avivarlos con su calor y parecer en la noche de otros mundos una hermosa estrella, inspirando suaves y estéticas tristezas en música y poesía. Esta corteza puede muy bien dividirse, como nos enseñan todos los geólogos, en varias capas ó zonas, que deberían ser concéntricas allá en otros tiempos, mas que hoy se hallan muy diversamente colocadas por la superficie de nuestro globo á causa de las innumerables revoluciones geológicas experimentadas en la sucesión incalculable de los siglos por este agitado y subvertido planeta. Pero ha prestado su calor, lo ha puesto en irradiación, lo ha ido por el espacio inmenso difundiendo, como no podía menos, y ahora, fuera de alguna boreal aurora ó de alguna erupción volcánica, semejantes á los blasones empolvados y á la diadema rota de una reina ilustre y destronada, la tierra está metida en obscuridad completa, y para brillar debe recibir sus días prestados de la lumbre del sol.

III

Los deliquios casi místicos y arrobados con las estrellas casi espirituales y angélicas crecen estos días, como arriba dije, con ocasión del conocido paso de Mercurio, puesto al respectivo alcance de cada inteligencia vulgar por las revistas científicas y aun por los diarios populares. Merced á sus remembranzas, refresco de antiguos estudios y extracto de gruesos volúmenes, hemos recordado que Mercurio es el planeta más próximo al sol y menos fácil de ver, por tanto, desde la tierra. Copérnico, en su agonía, según Hoffer nos relata describiendo el desarrollo de las ciencias astronómicas, plañíase de no haber podido verlo nunca durante larga vida de observaciones y estudios. Lalande, tan conocedor de las estrellas, en sus *Tablas de Mercurio* nos dió noticias de tal planeta, confirmadas luego por Leverrier, quien ya



TÍMPANO DE LA PORTADA EN LA IGLESIA DE CASTELLAR, obra de D. Rosendo Nobas

pudo noticiarnos cómo los días mercuriales duraban el tiempo mismo que los nuestros y cómo los años unos tres meses poco más ó menos, con lo cual no quiero deciros cuántos fantaseos á Flammarión se le ocurrirán acerca del calor tropical allí reinante y de las estaciones que habrán de subseguirse con vertiginoso movimiento y en rápida sucesión. El influjo de la prensa periódica se conoce con motivo de tamaño fenómeno, pues nunca hubieran advertido los desocupados tal mota en la retina del sol, si á las advertencias y observaciones científicas no les mueven sus respectivos diarios. Veinte resultan las veces en que ha podido tal paso verse y estudiarse, desde que lo viera y estudiara la primer vez el buen cura Gassendi allá por el año treinta y uno de la penúltima centuria, hace dos siglos y medio. De sus manchas y de sus sombras han deducido sublimes observadores, tales como Herschel, á quien debemos tantas revelaciones del infinito, que goza de atmósfera diáfana y cuenta con unas montañas, las cuales tienen veinte kilómetros de altura. Por su posición simple puede también deducirse y saberse que su calor habrá de darle tórrida temperatura, pues asciende á once veces más que los mayores experimentados á la continua en la zona tórrida terrestre. ¡Divertidos estarán los habitantes del tal planetilla en horno tan voraz! Sin embargo, cosa tan sencilla como su interposición entre nosotros y el sol ha servido mucho para cosa tan grande como el cálculo de la distancia entre los mundos y el foco de las eclipses en que se mueven estos astros nómadas y errantes. Por la completa libertad contemporánea de pensamiento y de religión parécenos difícil comprender que un paseo por las estrellas en compañía de la ciencia cueste pesadumbres aquí en la tierra y hasta otro paseo por las cárceles, cuando no por las hogueras, en compañía de calaboceros, esbirros y verdugos. Tan ilustre observador del paso de Mercurio como Gassendi, por si la tierra se mueve ó el sol, temblaba, en guisa de azogado, cuando sus cálculos se oponían á las generales creencias, y mientras en público movía el sol, movía en secreto la tierra por miedo, no al qué dirían de él, sino al qué harían con su inofensiva y sabia persona. Ingerido en el clero francés para mayor seguridad personal, gustaba más que de la patena reluciente sobre las aras, de la luna reluciente sobre las noches. Y departía de sus castos amores celestes con todos los sabios y estudiaba todas sus nuevas noticias de lo infinito juntas en aquel minuto de múltiples revelaciones, pues como Keplero presagiara el paso de Venus y Mercurio por nuestro sol, Galileo demostrara con su invención del péndulo y en el estudio de sus oscilaciones el movimiento triunfal por el espacio inmenso de nuestro planeta. Estas oscilaciones del péndulo dicen tanto y tanto enseñan, que se colocó uno gigantesco en la cúpula del Panteón de París, para que rozase con arenas colocadas sobre las losas del pavimento y diese muestras palpables de la carrera del planeta, y ahora van á colocar otro en la torre maravillosa Eiffel, montado para las mismas experiencias. Comparad esta facilidad que tiene hoy la ciencia de sondearlo todo con los temores de Copérnico, con las angustias de Gassendi, con las penas de Galileo, y decidme si no debemos estar envanecidos cuantos hemos pugnado por quebrantar las cadenas abrumadoras, bajo cuyo peso el espíritu se paralizaba y encogía, de una emancipación, merced á la cual sobre nosotros caen y llueven de lo infinito y de lo etéreo tantas y tan beneficiosas verdades. Miente quien asegura que la ciencia moderna destruye la confianza en Dios. Cada grande sentimiento que mueva el corazón, lo impulsará de seguro al amor divino; cada idea que ilumine la inteligencia, de seguro habrá de acercarla también á lo absoluto; cada estrella que columbremos en lo infinito, añadirá una letra más al nombre incomunicable del Creador. ¡Dios mío!, la sensibilidad te adivina como Providencia; en el inmenso río de los hechos, en el escenario cambiante de la historia, en esas tragedias que todos los siglos repiten y en esa perdurable guerra entre el bien y el mal, te presiente la intuición como juez; en el misionero que desafía los elementos para llevar espíritus nuevos á la luz eterna y en la hermana de la caridad que aparece sobre los combates, el corazón te ama como bondad suprema; en el arte, sí, en los acordes de la lira, en las líneas de los monumentos, en el centelleo de las inspiraciones, la fantasía te contempla como arquetipo de la eterna hermosura; en los altares, bajo las bóvedas de los templos, á través de las plegarias y del incienso, la fe viva te adora, y en la ciencia la razón te conoce y te demuestra, deseando, al contacto de las ideas sublimes, el alma entera vivir y morir, absorberse por completo, como en los mares las gotas de lluvia, en tu insondable substancia.

IV

Bella la ciencia indudablemente, bellísimo el cielo, bellas las artes á que damos tal nombre por antonomasia. Cuanto más las estudio, persuádome con mayor fundamento á la creencia de que representan un punto avanzadísimo en la línea misteriosa que al Criador conduce desde los abismos donde padecemos y lloramos las misérrimas criaturas. Así deben tanto complacernos los certámenes de Bellas Artes, como nos complacen las ciencias del cielo y de los fenómenos celestes. Cuatro Exposiciones llaman á un tiempo la universal atención; una en Berlín y otra en Barcelona, dos en París. Los artistas ofrecen muestras gallardísimas de sí propios en todas ellas, con especialidad los artistas españoles. Pero tanto y tanto ejemplar de pinturas varias deben decirnos que va tomando el arte aspecto de industria y debe preservarnos de admiraciones sobrado fáciles. En el siglo XVI los grandes pintores atraían en torno suyo las almas de orden secundario adscritas al culto de lo bello, componiendo con la fuerza de sus atracciones y con el cruce de sus rayos verdaderos sistemas solares. Y en esos sistemas solares había lunas que brillaban melancólica y suavemente con resplandor dulce y poético entre los astros de primera magnitud y los focos de perpetua luz. ¡Feliz idea la de Italia proponiéndose recordar el centenario de Victoria Colonna, por Miguel Angel platónicamente amada, cual por Petrarca en los bosques de Provenza Laura y Beatrice por Dante mismo en los jardines de Tosca-

na! Estos pintores y estas musas produjeron el milagro de los milagros, las ciudades artísticas italianas del Renacimiento, con especialidad la sublime Roma. Como antes iban los peregrinos de la Religión á ver las tumbas de los Apóstoles, van ahora los peregrinos del Arte á ver los modelos más perfectos de la pintura universal. Aquí saludan á las Sibilas de Santa María que tienen la hermosura griega en sus formas y el resplandor de sus ojos la intuición cristiana; visitan allí la Virgen de Foligno, resaltando en una claridad celeste con su hijo entre los brazos y sobre la cabeza un iris en que nadan los ángeles recién descendidos de la gloria; escuchan allá las armonías sicilianas, al contemplar la Galatea que discurre por los mares helénicos sobre su concha de nácar, seguida de los resonantes coros concertados por tritones y nereidas; ven acullá cómo las ideas filosóficas exhaladas por los sistemas antiguos toman cuerpo en proporción verdadera con su grandeza en la escuela de Atenas, y los principios de la teología cristiana se avivan y se dibujan y se coloran con toda su pureza y toda su verdad en los Santos y Doctores de la Disputa del Sacramento; aprenden la surrección de los símbolos católicos por las rejas de la cárcel de San Pedro, que los ángeles iluminan con los resplandores de la luz increada y por los techos de la Farsina los símbolos paganos, que nos muestran Psiquis, el alma nuestra, próxima de suyo á una transformación, aunque rodeada de los dioses helenos, reunidos ya para sus últimos festines; en un lado atienden á la batalla, donde triunfa el lavabo de nuestra redención para sobreponer eternamente á la materia el espíritu, y en otro lado se transportan al coro armoniosísimo semejante al zumbar de las áticas abejas, que alzan en melodiosas notas los poetas clásicos al subir hacia el Parnaso en requerimiento de los laureles cortados para sus frentes por las musas; siguen los cuadros más bellos de la Biblia judía entre los grotescos más complicados de la Roma imperial; y no sabe uno qué admirar más en la melodiosa epopeya de líneas y colores, si las armonías de aquellas formas, ó la perfección de aquellas agrupaciones, ó la trascendencia de aquellos pensamientos, en los cuales hállanse al par sentidos el Paganismo y el Catolicismo, como si ambos se hubieran reconciliado en las cumbres de tan cíclica obra inmortal. Para comprenderla necesitamos, como los primates del Renacimiento, ser á un mismo tiempo helenos y católicos. Quien se haya de las dos religiones apartado, nunca jamás comprenderá la Roma cesárea y pontificia, tal como se presenta hoy á nuestra vista en los osarios de la historia. Así, desconfío mucho de que Michelet nos presente un buen juicio de Roma en el volumen reciente y fresco, arreglado por su viuda fiel, que ahora hojeo sobre mi embarullada mesa de trabajo. Michelet es uno de los más altos y sublimes reveladores que del espíritu de los siglos pasados haya tenido la humanidad. Su intuición milagrosa le hace comprender y explicar como nadie la Ciudad clásica y pagana. Su *Historia de la República en Roma* se aparece á los ojos más pesimistas como una incomparable resurrección. Pero la Roma católica, lo mismo que la católica España, serán á sus ojos como un enigma indescifrable y como un arca cerradísima por sus creencias de hugonote, cuyo poder continuo ha puesto sobre su naturaleza ingenua y primordial de artista otra naturaleza de pensador y descreyente. Casi todos los luteranos han sentido ante la Roma pontificia una emoción análoga de suyo á la emoción que sintió Lutero. Un pastor, acostumbrado á naturaleza de viva égloga, circuído de gigantes y verdes árboles, colocado sobre las muelles praderas con sus cándidas ovejas, el cabello mecido por juguetonas auras y el rostro acariciado por suavísimas humedades y halagadas las orejas por susurros de aguas espejadas y frondas murmurantes, á quien de súbito engolfaran en el Océano inmenso, sin límites ni fronteras, con horizontes indeterminables, entre oleajes alterados y ciclones tonantes; un pastor así por cambios tales asaltado y sacudido, apenas podría darnos testimonio suficiente de la transformación que sufriría el alma de Lutero, acostumbrada desde su nacimiento á la suave y blanca y dulce Alemania, en medio de los desiertos terribles, de las ruinas antiguas, de los templos caídos, de las estatuas rotas, de los restos de naufragios y de batallas, sobre los cuales se alzaba Roma pontificia con sus mil colosales iglesias, esmaltadas por los toques áureos y rojos de los encendidos y tempestuosos cielos que parecen guardar, así en sus alborados al Oriente cual en sus arreboles al Ocaso, un eterno y sublime Apocalipsis. Para entender á Roma se necesita ser á un tiempo heleno clásico, romano antiguo y verdadero católico, llevando en sí la fisiología viva del Renacimiento.

LA EXPOSICION GENERAL

DE BELLAS ARTES

IV

LA SECCIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA

(Continuación)

La pintura religiosa é histórica

Si el lector recuerda los preliminares del artículo anterior, comprenderá fácilmente que no nos detengamos ahora en un recuento minucioso de todos los lienzos que ocupan las siete salas de pintura española (excluyo la destinada á las obras de autores difuntos, porque hablaré de ella en capítulo especial).

Más de seiscientos en junto serán aquéllos. Y de éstos, en realidad, no pasarán mucho de ciento los que merezcan verdadera atención.

Vamos á éstos sin más preámbulos.

He indicado ya que en busca de las más modernas y de las mejor encaminadas tendencias del arte contemporáneo en la actual Exposición, hay que pasar por delante de una serie de cuadros que llevan en su factura, en su asunto, en su colorido una fecha anterior. Algunos, siendo de maestros, se sostienen por la virtud de sus cualidades permanentes y salientes; pero aun así, hay que hacer concesiones á su manera, colocarse en el punto de vista en que se se hallan colocados sus autores, cediendo al influjo de su tiempo, de la enseñanza que recibieron, de las tradiciones en que se imbuyeron. Los más caen ó descienden á nuestros ojos; son muy contados los que aparecen á la misma altura en que los vimos en otras Exposiciones. ¿Cambiaron ellos? No. Quien ha cambiado fué el espectador. Este no se detiene en sus evoluciones, los artistas sí; de aquí que mude con el tiempo la distancia que los separa. Llevamos ya lentes distintos, y han de parecernos distintos el color, el dibujo, la factura, el ambiente, la verdad, la idealidad, el sentimiento y hasta el asunto de aquellos mismos cuadros que años atrás hubiéramos distinguido por estas mismas cualidades.

La pintura dió con un *modo* nuevo, más amplio, más complejo, más intenso que los anteriores. Donde no le hallamos, la inferioridad nos parece manifiesta, con absoluta independencia de los demás componentes del cuadro. Toda la divergencia nace de aquí única y exclusivamente, y no de la exclusión de género ó asunto alguno, como quieren los defensores de una tradición anticuada. Esto es lo que vamos á ver con ejemplos prácticos.

Una clasificación, una jerarquía prestablecida quiere que las revistas empiecen por lo común por la pintura religiosa é histórica. En cuanto se llega á ella, salta la primera cuestión. Ni los cuadros religiosos ni los históricos son en gran número en la Exposición actual. Y los pocos que hay, poco tienen de notables. De aquí la primera exclamación de algunos: «El arte está en decadencia, puesto que abandona los asuntos más altos y más sublimes.» De aquí, las observaciones de otros: «El arte progresa, puesto que, más conocedor de sus fuerzas, se prohibe voluntariamente aquellas inspiraciones que no se adaptan á sus medios más eficaces y seguros, renunciando á ellos por horror al convencionalismo.» Tanto la exclamación de los unos como la objeción de los otros, llevan ya algunos años de fecha; muchos hace que se repiten en virtud de una sucesiva y progresiva carencia de obras religiosas é históricas de mérito en nuestros concursos. A mi ver, ni unos ni otros están en lo cierto. Su error, harto inveterado, parte de tomar por norma de la importancia de la obra artística el asunto antes que el *modo* de tratarlo. Su error estriba en olvidar que no cabe aplicar hoy, ni á lo religioso ni á lo histórico, el mismo procedimiento de pintura real que ha seguido aplicándole fuera de lugar. Como este procedimiento ha progresado maravillosamente, digan lo que quieran, se hizo incompatible con aquellos géneros tradicionales. Pero ha llegado un momento, – creo que estamos ya en él, – en que por virtud, no de una reacción, sino de una evolución lógica de este mismo procedimiento, vuelve á ser posible que entren en el anchísimo círculo del arte todas, absolutamente todas las inspiraciones, con tal que á cada una se le aplique su modo propio. La discusión, pues, es anticuada y está de más. Hágase con la pintura religiosa é histórica lo que es y lo que debe ser en el día, esto es, pintura decorativa, y nos entenderemos. Por este camino va el neoidealismo de que hablé en los preliminares.

Miradas á esta luz, que es para mí la verdadera, aparecen como anticuados y defectuosos casi todos los cuadros religiosos é históricos del actual certamen, no por tratar la historia ó inspirarse en la religión, sino por exhibir una y otra en una forma franca y explícitamente real que no pueden alcanzar en la medida que intentan; por empeñarse en competir con una observación del natural, compleja, analítica, sutil, sumergida en su ambiente propio, sincera, espontánea é intensa, cualidades que nunca podrá tener por más que se haga el estudio de una modelo vestida de Virgen con luz de taller, ni la penosa composición, empalmada por fragmentos, de figuras disfrazadas en actitud impuesta y no vista ni sentida, de grupos atentos y perplejos, y accesorios traídos al cuadro uno á uno, sin fusión natural, sin armonía ni sinceridad. Otra cosa había de resultar si, renunciando á esta lucha imposible, se atendiera, no al análisis, sino á la síntesis; no al colorido real, sino al que siendo como un extracto simplificado de él, adquiere sólo un valor simbólico y de enunciación; no á la línea exacta y positiva, sino á la característica y saliente, en toda su sencillez; no al sentimiento transmitido por la sensación inmediata, sino al que parte de la idea, y no, por fin, á aquella armonía total y compleja que nace de la visión, sino á la intuitiva y por decirlo así *intelectual* que impone la expresión de un concepto determinado y anterior.

Ninguno de los cuadros religiosos ó históricos van todavía por este camino, en que la pintura decorativa moderna se da la mano con las últimas tentativas de la observación más refinada, por aquello de que «los extremos se tocan.» Lejos de esto, aparecen más idealizados y en un ambiente de sueño algunas obras inspiradas directamente por el natural, que las mismas vírgenes y santos de corporeidad ó vigor convencionales y con ausencia total de unción y de verdadero sentimiento religioso. Inclusas aquellas obras que alguno tienen, son, por su composición y por el lugar de la escena, si cabe hablar así, más que religiosas, históricas ó anecdóticas, en que el personaje, sorprendido todavía en su vida terrestre, se ofrece como un retrato sin nada de beatífico. No hablemos de santos Jerónimos, simples estudios de desnudo, ni de la *Stella matutina*, de Alvarez, con evidentes reminiscencias de Morelli. La *Penitente* de Masriera, sentida y noble, no inspira sentimiento religioso alguno. El *San Ignacio* de Serra, se diría un retrato de un padre. *Jesús con los niños*, tampoco puede ponerse en este grupo, si se atiende á su carácter: es un pasaje bíblico, por cierto muy inferior á su fama; un error lamentable del artista por su composición, por su color, por su dibujo, en todo lo cual resulta menos que mediano. En el *San Antonio Abad*, de Cabrera; en el *San Francisco de Asís*, de Riquer, los santos, los protagonistas participan ya de sus dos naturalezas: les rodea el nimbo de oro de su santidad por una parte, y por otra se hallan colocados todavía en atmósfera y sitio reales. Son cuadros de episodio: escenas de la vida de aquellos santos. Pero á uno y á otro les perjudica este carácter ambiguo de la acción. El *San Antonio* asistido de dos ángeles, no es la página más notable de su insigne autor, ni mucho menos. El *San Francisco* en el bosque, rodeado de fresca vegetación, conversando con bandadas de pájaros, resulta parado, recortado, pegado al lienzo, sin ambiente: los pájaros y el fondo, más interesantes, pintados con más delicadeza y soltura que el santo. La *Rosa mística*, de Tamburini, tampoco tiene mucho de inspiración religiosa: pero sin algún trozo (el manto colgante y replegado en que su autor se ha complacido en hacer sentir la realidad palpable de su tela fastuosa y rica), en el resto se insinúa tímidamente la tendencia á un colorido ideal, por ahora más agradable y más bonito que bello, pero que por su delicadeza puede tener un valor de expresión, de enunciación, de un sentimiento en armonía con el que anima á la figura, su inocencia y su pureza.

La impotencia por alcanzar en los cuadros históricos toda aquella vida y naturalidad de los modernos y la evocación total del carácter de una época y sus gentes, valiéndose del natural en la forma usada hasta ahora, está patente en todas las obras de aquel género en la actual Exposición. Poquísimas son en número. Nadie ha de mirar mucho rato el *Felipe II trasladándose al Escorial*, de Llanos, sin bajar pronto la cabeza, como quien ve algo que pasó definitivamente. Figuras, actitudes, disposición, color, asunto, nada dicen, nada expresan, no despiertan interés alguno. Todo aparece como detenido, convenido, yerto y muerto; ni bastante lejano para que tenga valor histórico de museo, ni bastante próximo para que nos revele el temperamento personal del artista Y con mayor razón puede decirse lo propio de la *Muerte de Alfonso XII*, de Benlliure, en que para que todo sea falso y errado, tratándose de un episodio de la historia contemporánea (de la cual recordamos ú oímos pormenores fehacientes), la escena se halla dispuesta con una corrección aparatosa de ceremonia oficial, mucho menos dramática de lo



ESTATUA DE D. JUAN GÜELL Y FERRER. - MONUMENTO ERIGIDO Á SU MEMORIA EN BARCELONA

Obra de D. Rosendo Nobas. (De una fotografí de A. Torija.)

que es hoy la vida íntima y coetánea, lo mismo en palacio que en la más miserable buhardilla. La muerte del rey parece en el cuadro como podría imaginarla un ilustrador de entregas para el ínfimo vulgo. Y el aspecto de figurín pasado de moda, que toman todos los trajes coetáneos para el espectador á la vuelta de unos años, agrava todavía la deplorable impresión de la obra. Con ésta, los mismos cuadros de Tusquets de historia catalana, cinco en número, ya conocidos, pierden mucho de su valor. La composición de algunos tiene verdadera grandiosidad, como la visita de *Carlos de Anjou á Roger de Lauria* y el *Embarque de Jaime I en Salou*. Figuras perfectamente dibujadas, las hay en todos, con verdadera riqueza de medios y recursos; todos suponen un estudio y laboriosidad á prueba; pero contemplados hoy, aparecen *pintados*, excesivamente *pintados*. Algunos accesorios brillan y deslumbran con entera independencia del resto, como las cotas de los maceros en la *Entrada del Príncipe de Viana;* otras figuras tienen actitudes teatrales de comparsería (los trompeteros del mismo cuadro, que más que andar danzan); los trajes fastuosos y ricos resultan flamantes; el color, vigoroso ó castizo, ha tomado una tonalidad compacta y densa de cromo; los mejores fragmentos, la mayor delicadeza de algunas testas, como la del príncipe, ó aquella impresión de una concepción vasta y artística, desaparecen y se pierden en el efecto total de una pintura anticuada con luces falsas, y de una inspiración forzada y ambigua que fantasea y copia á un tiempo, para producir después de todo una obra híbrida ni sincera ni viviente. Lo cual, en los mismos términos, se le puede decir á Tamburini por su *Conde de Urgel*, de un carácter tan distinto de lo que imaginará el lector de la crónica de aquel príncipe *desdichado*, como es opuesta á una página de historia clásica una ingenua canción popular. Tamburini intenta también ese imposible de interesarnos con la resurrección de una escena con todos los caracteres de lo real... sin serlo. Su cuadro causa la misma impresión de lo flamante y limpio, en atmósfera ficticia é irrespirable. Los fragmentos mejores de su lienzo, pintado por quien sabe pintar, nada tienen que ver con el resto: son accesorios, telas ó armas. La figura del conde, mostrando las espaldas desnudas, es un estudio aislado, que resalta en virtud de un decidido contraste de tonos. Y aparte de que aquel torso y aquel cuello, por lo suave y bien lavado de su cutis y por su blandura muscular, no sugieren idea alguna de martirio ni de crueldad en los perseguidores, no hay en toda la escena un solo rasgo que evoque, como debiera evocar todo cuadro histórico, ni el carácter ni la vida de aquella patética y desdichada página de la historia catalana. Es la simple agrupación de unas cuantas cabezas, que ganarían en no llevar cascos ni representar á nadie.

J. YXART

17 mayo 1891

ROSENDO NOBAS

Si digno de atención y de estudio es el progreso realizado por los pintores catalanes en la segunda mitad de este siglo, mayor interés ofrece el desenvolvimiento que ha logrado la escultura. Los artistas del cincel, desprovistos casi de antecedentes, sin maestros ni guías, careciendo de modelos y sin más precedentes que las escasas y limitadas creaciones, por fortuna conservadas, de los Amadeu y Campeny, han podido determinar con sus producciones el glorioso período del renacimiento de la escultura, tan completo, tan genial y tan vario, que no titubeamos en afirmar que Barcelona es el único crisol peninsular en donde se funden y aquilatan los cultivadores de esta especial é importantísima rama de las Bellas Artes. Para convencerse de ello basta examinar los monumentos que decoran nuestra ciudad, las valiosas obras que constituyen el más preciado ornamento de los salones aristocráticos, los detalles de ornamentación armonizados con las líneas arquitectónicas de las señoriales mansiones, y por último, las sentidas obras que embellecen nuestras necrópolis, en las que el genio del artista graba en el mármol y en el bronce el vivo recuerdo que los vivientes dedican á los que fueron.

Rosendo Nobas, dotado de clara inteligencia y poseyendo el sentimiento y el buen concepto del arte, formó parte de esa primera pléyade de artistas, á quienes debe nuestra patria la evolución que ha determinado, gracias á su ingenio, á su entusiasmo y su amor al arte, el renacimiento de la escultura nacional. No significó el nombre de este malogrado artista lo que representan para Italia, Alemania, Francia y España los Canova, Thorwaldsen, Rude y Campeny, pero sí debe figurar en el número de los más discretos escultores, de los más fervientes campeones del renacimiento patrio, ya que para lograr tan laudables propósitos dedicó los mejores años de su vida y el esfuerzo de su inteligencia.

Debido quizás al levantado concepto que Rosendo Nobas tenía del arte, buscó siempre las fuentes de inspiración en las grandes obras de la antigüedad helénica y del renacimiento italiano, ya que en ellas se había saturado su espíritu en las primeras lecciones que recibiera de maestros insignes en sus juveniles años. De ahí que sobrado exigente consigo mismo, estudiara con detenimiento sus modelos antes de trasladarlos al mármol, á la madera ó al bronce, cual si en él no existiera la espontaneidad ni la inventiva de algunos de sus compañeros, á los que, sin embargo, superaba en cualidades y aptitudes. Pruébanlo así sus creaciones, en las que se halla marcado el sello de su carácter pensador, el sentimiento de que se hallaba poseído su espíritu y su correcto modelado.

«No admitía por buenos, dice nuestro buen amigo el discreto crítico D. Francisco Miquel y Badía, todos los temas que encontraba en el mundo real, aun cuando le ofreciesen ocasión propicia para hacer alarde de sus habilidades escultóricas. Entendía que no ha de ser materia del arte lo que produzca repugnancia, lo que desagrade á la vista, aquello que en la realidad misma nos causaría asco, ya ofendiendo nuestros sentimientos morales, ya atacando nuestro sentimiento estético. Buscaba, pues, en la verdad natural la belleza al mismo tiempo, de manera que los naturalistas *à outrance* debían forzosamente clasificarle entre los idealistas.»

Y este trabajo de idealización, realizólo Nobas hasta en aquellas de sus obras que más se ajustan á la realidad, pues nótase desde luego en ellas que han sido objeto de delicadas selecciones, suprimiendo impurezas, formas ingratas, líneas desagradables, pormenores verdaderamente nimios, que de existir hubieran amenguado la belleza de la obra.

Su notable escultura, á la que irónicamente tituló *El siglo XIX*, demuestra no sólo la verdad de las apreciaciones que someramente exponemos, sí que también da á conocer al artista pensador, al escultor tal como se concibe dadas las corrientes que informan el arte moderno. Nobas, de sentimientos nobles y delicados y amante de los progresos en este siglo, no pudo resistir al deseo de fustigar con amarga ironía por medio de una de sus más bellas creaciones á esa mentida civilización que en España, al igual del pueblo rey que á gritos pedía *panem et circenses*, permite espectáculos que con frecuencia terminan con la muerte de un hombre en la arena del circo.

Vivió Nobas completamente separado de las manifestaciones del arte llamado académico, resultando más romántico que clásico. De ahí que le cupiera la gloria de ser uno de tantos artistas á quienes debe la escultura catalana sus nuevos conceptos y los seguros derroteros que felizmente marcan su camino. El antiguo amaneramiento y los rutinarios moldes, productores de un convencionalismo en pugna con el verdadero arte, proscribiéronse paulatinamente, y los jóvenes escultores que recibían las enseñanzas de Nobas ó seguían con interés la evolución que marcaban sus producciones buscaron en el estudio del natural, en los efectos que en el hombre producen las pasiones y los sentimientos, en el concepto psicológico, la fuente en donde sentir su inspiración. Así, pues, la personalidad de Nobas representa en el arte algo más que un hábil é inteligente escultor; representa un artista de corazón, á quien el arte regional debe el resultado de esa admirable evolución que nos sorprende.

Cuatro obras de este distinguido escultor figuran en los principales monumentos que embellecen nuestra ciudad, acusando todas ellas la suma de estudio que debió emplear para imprimir á la escultura el carácter y aspecto monumental. La estatua retrato del economista D. Juan Güell, que corona su monumento emplazado en el cruce de la Gran Vía con la Rambla de Cataluña, en la que supo armonizar las duras líneas del traje moderno con la nobleza de su actitud; la estatua en bronce del canciller Casanova, levantada en el Salón de San Juan, precisamente en el mismo sitio en que se supone fué mortalmente herido aquel digno funcionario popular; las *Famas* que rodean la columna que sustenta la estatua de Cristóbal Colón, y la colosal cuadriga de hierro fundido y dorado que remata la gran cascada del Parque. En todas estas obras, obsérvase que Nobas tuvo presentes, no sólo los buenos modelos de Grecia y Roma, sí que también á los maestros del modernismo.

Nacido en 1849, practicó sus primeros estudios en el taller de Agapito Vallmitjana, pasando después á la Academia de Bellas Artes de Barcelona, para continuarlos bajo la dirección del profesor D. Andrés Aleu.

A sus primeros trabajos, consistentes en modelos de platina artística, siguieron varias estatuas y bajos relieves para coronar diversos panteones, varias imágenes para capillas públicas y oratorios, hasta que en 1871 modeló el torero moribundo, de que hemos hecho mérito, adquirido por el duque de Fernán Núñez, premiado en la Exposición de Madrid del citado año. La primera recompensa la obtuvo en la Exposición de Viena de 1873 por el notable busto de Cervantes, é igual galardón mereció el busto retrato de Fortuny en la de Filadelfia, celebrada en 1876.

Posteriormente, dió forma con los palillos y el cincel á otras obras no menos recomendables, entre ellas la estatua del brigadier Cabrinetty, un Mercurio existente en el Bolsín Catalán, uno de los bajos relieves que decoran el monumento de D. Antonio López; dos faunos de la cascada del Parque, varias esculturas de salón, y otras obras más que sería prolijo enumerar, entre ellas, cerca de doscientos retratos en busto y algunos de cuerpo entero, casi todos esculpidos en mármol ó fundidos en bronce.

Desde el año de 1877 desempeñaba el cargo de sustituto de los profesores de la Escuela de Bellas Artes Sres. D. Venancio y Agapito Vallmitjana, y desde 1879 el de ayudante y escultor de la facultad de Medicina.

Amantísimo hijo y cariñoso hermano, vivió Rosendo Nobas alentado por el calor que se desprendía del paternal hogar, en el que se hallaban reunidas todas sus afecciones La muerte de su buena y anciana madre quebrantó su animo y su naturaleza, y al mes y medio de aquel funesto acontecimiento debieron llorar sus hermanos y sus amigos la inesperada muerte de aquel que, además de distinguido artista, fué un modelo en la sinceridad de sus afectos.

Descanse en paz el escultor catalán, y aunque modesto, reciba el tributo que le rendimos.

A. GARCIA LLANSÓ

GÉNOVA

En casi todas las naciones del mundo se encuentran ciudades de carácter distinto al que predomina en el resto de su país. Sus intereses cosmopolitas, sus relaciones mercantiles por todas partes extendidas, la diversidad de gentes que á ellas acude, y su misma situación geográfica y aun política, llevan al seno de aquellos pueblos elementos extraños que ningún contacto tienen con los de la propia nacionalidad, y afirman aquella nota característica de su existencia, que no puede confundirse con otra alguna. Barcelona en España, Marsella en Francia, Hamburgo en Alemania, Gibraltar en Inglaterra, Alejandría en Egipto, Bombay en la India, Cantón en China, Yokohama en el Japón, y cien otras ciudades de diversos Estados, son pruebas evidentes de mi aserto. En Italia existe también esta ciudad: es Génova.

El comercio creó á Génova, fué en todos tiempos base de su prosperidad, es el pedestal de su gloria y la llave de su fortuna: con justo orgullo, por lo tanto, aquella ciudad puede proclamar alto su título de primer puerto de Italia. Las naves de alto bordo que anualmente trafican en su bahía exceden de cuatro mil, con una cabida de más de tres millones y medio de toneladas: el valor de sus transacciones sube á cerca de quinientos millones de pesetas. Quizás, juntando los demás puertos de Italia, no llegaran á tan hermoso y productivo resultado.

Como donde ocurre un hecho positivo se quiere en seguida indagar su causa, hanse escrito volúmenes para explicar el fundamento racional de la prosperidad genovesa. Y se han hecho admirables descubrimientos. Se ha encontrado que Génova tiene muy buen puerto de mar; que su situación en el fondo del gran golfo mediterráneo lo habilita para comerciar fácilmente con las costas, islas y tierras del interior; pero quizás no se ha caído en la cuenta de que idéntica cosa sucede á muchos otros puertos, que también son buenos y tienen islas vecinas y tierras interiores. Esas altas autoridades investigadoras han añadido, en tono inspirado por suprema ciencia etnográfica, que el genio mercantil es característico á todos los ligures. Naturalmente nos ocurre preguntar á los que no entendemos estos misterios:

– ¿Quiénes son los ligures?
– Los que poblaron la Liguria, se responde.
– ¿Y quiénes poblaron esta tierra?
– Pues los ligures.
– ¿Y de dónde proceden?
– Se ignora.

La verdad es que con toda esta ciencia se escriben aún muchas páginas de nuestra historia primitiva.



VISTA DE LA CIUDAD Y PUERTO DE GÉNOVA. (De una fotografía.)

Sólo sabemos de los genoveses de la antigüedad lo que escribieron los griegos, ó sea que eran un pueblo de piratas. Pero esto ocurría hace mucho tiempo. Con los años mejoraron sus costumbres, y se volvieron aventureros. Hoy se limitan á ser comerciantes, lo cual les reporta la doble ventaja de enriquecerse fácilmente y de vivir en paz con todo el mundo. Niéguense luego los adelantos de la humanidad.

El carácter genovés, frío, escéptico, apático para todo lo que no se reduce á cifras ó se suma en ganancias, ha contrastado con el temperamento general de las demás regiones italianas, idealistas á su manera, materia dispuesta siempre á recibir el impulso de la idea, gentes lo mismo llevadas en alas del sentimiento á ceñir la corona de sus victorias, que dominadas por los más negros pesimismos hasta rendirse sin protesta á servil esclavitud. En todos tiempos el genio pasea la península italiana, pero siempre se olvida de entrar en Génova. El arte, la ciencia y las armas se unen en sagrada trilogía de la civilización latina en los tiempos medios, encarnándose en los monumentos, los libros y las batallas de aquellas épocas. En tanto, Génova crea, como monumentos, la Bolsa: no escribe más libros que los de cuenta corriente y de compra y envío: sus combates, rudos como los del avaro que defiende sus tesoros, son librados por tropas mercenarias y generales asalariados que deben asegurarle la existencia de sus factorías de Levante y el dominio de sus colonias gobernadas por el Banco de San Jorge. Cuando en Italia todo late, todo siente, vive y lucha, Génova vende granos y compra especies.

Por esta causa la Italia entera detesta á la ciudad de los ligures: de un extremo al otro de la península sólo se oye unísono himno de maldición contra los mercaderes del golfo genovés. Habla de ellos el Dante en su canto 33 del Infierno, y les lanza al rostro su deseo de verles borrados del mundo en los siguientes versos:

Ahi, Genovesi, uomini diversi
D' ogni costume, e pien d' ogni magagna;
Perché non siete voi del mondo spersi?

Preguntad al melancólico habitante de la *maremma* toscana qué piensa de Génova, y dibujándose en sus labios la sonrisa del desprecio, os responderá que es un país de *mare senza pesce, monti senza alberi, uomini senza fede e donne senza vergogna*. Y no necesitaréis correr el resto de Italia para enteraros del refrán conocido en todo el país, que al describir con gráfica frase la astucia de aquellos mercaderes, afirma ser necesarios tres judíos para engañar á un genovés.

¿Son justos y merecidos tan sarcásticos juicios? En mi concepto, no. Un pueblo que trabaja, que afronta con fe y energía los azares de la lucha por la existencia, tiene derecho á todos los respetos, y menos que nadie se los pueden negar sus mismos conciudadanos. En la Edad media, las expediciones genovesas tuvieron una importancia comercial que no pudieron jamás alcanzar las de las repúblicas de Pisa y Venecia, y que sólo son comparables con las catalanas. Porque las galeras de Génova surcaron los mares del Oriente en todas direcciones, abrieron el Asia Menor y el Bósforo á nuestro comercio, y por vez primera después de la desmembración romana trajeron á Occidente los productos raros, útiles y codiciados de aquellas tierras; lucharon con valor cuando así convino á sus intereses mercantiles, y si Bernardo de Cabrera barrió sus flotas de los estrechos de Bonifacio, ó en alguna ocasión pudieron hacerse solidarias de las traiciones del primer Andrés Doria, en cambio supieron vencer, como en Meloria, á enemigos turbulentos y ambiciosos. Y si las armadas de nuestros monarcas aragoneses se apoderaron de Cerdeña á costa en gran parte de Génova, cuya ocupación sustituímos, no pudieron arrancar de su dominio la isla de Córcega, sólo incorporada nominalmente á nuestra corona, pero en cuyo territorio jamás ejercimos autoridad alguna.

Tampoco hay razón para invocar las tiranías que en todas partes sancionaron el gobierno genovés. Era el despotismo carácter dominante de los poderes de la época, donde las exigencias del pueblo y las necesidades del Estado no habían impuesto, como en Cataluña y Aragón, el derecho parlamentario. Y en la escala de los gobiernos tiránicos debían pesar con mayor fuerza y más ominoso yugo las repúblicas oligárquicas que las monarquías absolutas, porque en éstas podía darse y se daba con frecuencia el caso de un príncipe ilustrado y generoso que procuraba mejor satisfacer las necesidades de su pueblo que su orgullo de amo y señor. Y en resumen, rindiendo justo tributo á la verdad histórica, que siempre se impone por encima de los falsos reparos del patriotismo, debe reconocerse que la Córcega, en manos de los banqueros genoveses, estuvo tan bien administrada y dirigida como la Cerdeña en poder de catalanes y castellanos.

El carácter prosaico y positivista que el comercio imprime á ciertos pueblos, pesa todavía sobre Génova, y probablemente no desaparecerá de su constitución hasta el fin de los siglos. Jamás podrán sustraerse los genoveses á su influencia. Ved, si no, lo ocurrido hace treinta años, cuando se libraron las grandes batallas de la llamada independencia. Sucumbían los patriotas de la Lombardía, el Tirol, el Trentino y el Véneto, luchando contra los ejércitos austriacos que ocupaban el famoso cuadrilátero: en el centro de la península, las huestes garibaldinas sufrían los desastres de Aspromonte y Mentana; en el Sur, las cárceles de Nápoles y Sicilia no podían contener á los prisioneros que encerraba en sus calabozos la razón de Estado. En la revuelta agitación del país, sólo una ciudad se mantiene calma y tranquila, Génova. No toma parte alguna en el movimiento, ni presta sus hijos ni da su dinero para secundarlo. Que vayan otros al combate y mueran: la patria inscribirá sus nombres en el libro de oro de sus héroes y los mártires, y los genoveses aprovecharán luego la victoria para extender las relaciones mercantiles de Italia el día que se realice la unidad nacional.

Si el pueblo genovés ha sido poco sociable con la nación, individualmente sus habitantes son menos sociables todavía: Génova es una de las ciudades más aburridas de Italia. En primer término, la aglomeración de las casas en su recinto, la angostura de las calles, la falta de paseos interiores, favorecen poco la reunión de las gentes en público. Y Dios os libre de entrar en la ciudad un día de lluvia: aquello se convierte en asqueroso lodazal, pues de todas las riquezas que ingresan por su puerto, no parece distraerse un céntimo para arreglar los adoquines de las calles. Hay dos ó tres teatros, generalmente desiertos. La sociedad brilla por su ausencia: allí no se dan reuniones ni bailes ni comidas, y poquísimas personas reciben en la intimidad del hogar. Tampoco el sentimiento artístico se ha desarrollado con el tiempo y la enseñanza, ni creo ya posible que jamás las Musas recuerden la existencia de la cenagosa ciudad ligura. Dos monumentos se han levantado en sus plazas, y los dos causan pena y conmiseración: el de Víctor Manuel, de aparente mezquindad y poco gusto, y el de Cristóbal Colón, tan curioso por el aire desgraciado del pedestal, como por la estatua del célebre navegante, que tiene la cerviz doblada cual si acabaran de descolgarle de la horca.

Sin embargo, los genoveses están muy orgullosos de su ciudad, á la cual en su envanecimiento dieron un calificativo que todavía se lee sobre las puertas de las murallas: *Génova la Superba*. Tal dictado parecería justo si sólo se recorrieran media docena de calles, cuyos edificios son en su mayoría grandes pa-



CUADRIGA DE LA AURORA EN LA CASCADA MONUMENTAL DEL PARQUE DE BARCELONA, obra de D. Rosendo Nobas



BUSTO DE CERVANTES, obra de D. Rosendo Nobas. (De una fotografía de A. Torija.)

lacios construídos en anteriores épocas de prosperidad; obra de comerciantes enriquecidos que pasaron á ser señores. Mas es inútil que en busca del arte ó de la opulencia llaméis á sus puertas. En casi todas ellas os recibiría el carpintero alojado en la planta baja, ó el vendedor de fruta del portal, ó el fondista del primer piso, ó el banquero del segundo, ó el empleado de la buhardilla. En cada uno de aquellos caserones vive un pueblo entero, que lava la ropa en el patio y la tiende al sol sobre las azoteas ó en cuerdas atravesadas por la calle.

Poco, muy poco queda del antiguo esplendor genovés. Las grandes familias de los gibelinos Doria y Spinola y de los güelfos Fieschi y Grimaldi pasaron al mundo de los recuerdos, como la historia de sus intestinas luchas que acabaron con la independencia de la ciudad. Sus palacios se han convertido en hoteles ó en oficinas públicas. Quizás sólo tengan objeto más noble los que forman la magnífica calle antiguamente llamada *Nuova* y hoy *de Garibaldi*. En ella se encuentran los palacios de César Cambiaso, de Parodi, Cataldi, Spinola, Doria, Adorno, Serra, Tursi, Rosso y Bianco. Casi todos ellos datan del siglo XVI y fueron construídos bajo la dirección del perusino Galeas Alessi, discípulo de Miguel Angel: inútil es por lo tanto añadir que todos son de estilo del Renacimiento y ofrecen un conjunto grandioso á pesar de la irregularidad del terreno sobre el cual han debido levantarse.

En estos palacios abundan las obras de arte: casi puede decirse de ellos que forman pequeños museos con los cuadros de dos insignes pintores, Rubens y van Dyck, domiciliados en Génova por algún tiempo. En el palacio Spinola se encuentran un caballero y una Virgen de van Dyck: en el Doria hay un retrato de mujer de este afamado pintor flamenco, y una Susana del Veronés: en el Adorno se admiran algunos buenos cuadros de Rubens y de Sebastián del Piombo.

El palacio Tursi ha sido habitado para Casa consistorial, y si con ello han perdido el carácter grandioso que antes tenían sus salones, en cambio ha ido almacenando en ellos preciosos objetos de arte y recuerdos históricos conservados con celoso interés. Allí se encuentran varias cartas originales de Colón y Marco Polo: cuadros de van Dyck, y otros flamencos, pero no ciertamente de Alberto Durero, como pretenden los genoveses: una hermosa plancha en bronce, del año 117 antes de Jesucristo, que contiene la sentencia arbitral de un pleito seguido por Génova contra una vecina fortaleza romana: finalmente, para que haya de todo en la casa, consérvase también el violín de Paganini.

He de decir dos palabras sobre los templos genoveses: abundan mucho en la ciudad, pero son más fastuosos y ricos que elegantes y artísticos. Algunas construcciones religiosas datan de los buenos tiempos de los siglos XII y XIII; mas por desgracia posteriores restauraciones vinieron á alterar su hermoso carácter antiguo y á pervertir la obra de los primeros arquitectos. Las iglesias del siglo XVI, que tampoco faltan, abundan en mosaicos, mármoles y frescos.

Detengámonos un momento en la catedral. Fué dedicada á San Lorenzo y construída por vez primera en el año 1100, pero en tres ocasiones ha sufrido las injurias de restauraciones romanas, góticas y del Renacimiento, sólo conservando su fachada de mármol blanco y negro del siglo XIII, que es evidentemente lo mejor de la iglesia. Las puertas laterales están construídas con restos del antiguo edificio, y á su lado derecho se ve una torre gótica, que data del 1402 y procede del viejo hospital de San Juan.

El interior de la catedral se resiente mucho de sus sucesivas reconstrucciones, para las cuales utilizaron las antiguas columnas y capiteles. Se divide en tres naves, separadas por diez y seis pilares corintios en mármol de colores, y la cúpula central es obra de Alessi. Entre sus capillas débese hacer especial mención de la segunda de la derecha, dedicada á San Juan Bautista: fué construída de 1451 á 1496, y encierra, en un sepulcro de piedra del siglo XIII, las reliquias del Santo Precursor, traídas de Palestina por los cruzados. Su decorado es riquísimo, con las seis estatuas y los bajos relieves de Mateo Civitali, las imágenes de la Virgen y de San Juan de Andrés Sansevino, el tabernáculo de Guillermo della Porta, los góticos ventanales velados por hermosas vidrieras de colores y las grandes lámparas que arden perennemente delante del altar.

Quizás uno de los templos más típicos de Génova es la pequeña iglesia de San Mateo, construída en 1278 y exteriormente conservada casi intacta. Débese á la piedad de la familia Doria, y así lo recuerdan las inscripciones de que está cubierta su linda fachada de mármol blanco y negro. Su interior fué modificado en 1530 por el florentino Juan Angel Montorsoli, y en el altar mayor se conserva la espada del almirante de Carlos V, D. Andrés Doria, cuyo sepulcro se encuentra en la cripta del mismo altar.

Merece visitarse Génova, especialmente en los hermosos días de su primavera, cuando los montes vecinos están cubiertos de flores y verdor. Es admirable el panorama que se descubre desde sus cimas, con el ancho anfiteatro de la ciudad, las severas líneas de sus fortificaciones exteriores, sus grandes muelles, su terraza de mármol lanzada sobre el mar, y en último término la inmensidad azul de nuestro Mediterráneo.

Eduardo Toda

RECUERDOS DE GRANADA

LA FUENTE DEL AVELLANO

Al terminar el melancólico paseo de la *Carrera de Darro* y traspuesto un elevado puente erigido sobre el río de aquel nombre, empieza la subida á la fuente del *Avellano*, fuente que á todas horas utilizan los vendedores de agua para pregonar su mercancía, con razón considerada deliciosa por sus cualidades de líquido potable.

En la calle que precede al paseo contemplamos la casa de los señores de Castril, realzada á influjos de una dramática tradición. Es un edificio del siglo XVI, amplio y severo, de salones anchurosos y ensambladuras valiosas. La portada, greco-romana, se atribuye al célebre Diego de Siloe, y en un balcón tapiado de la fachada vese la inscripción *Esperándola del cielo*, memoria del mísero ahorcado que demandaba en las postrimerías de su existencia justicia á Dios, desesperado de no encontrarla en la tierra.

La *Carrera de Darro* es una alameda de regular longitud y su modesto atavío se reduce á una fuente de piedra. Los torreones de la Alhambra se extienden casi paralelos al paseo en dilatada y pintoresca línea, y las almenas, ya de correcto dibujo, ya quebrantadas por la acción del tiempo, contrastan con los elegantes ajimeces, al par que éstos, en virtud de ridícula anomalía, alternan con los balcones de gusto moderno.

Los árboles abundan en el agrio cerro, y entre ellos tienen profusa representación los almendros, ahora vestidos de flores, semejantes á copos de nieve, signo evidente de que la primavera ha hecho su entrada gozosa, cantada por las golondrinas en los pórticos de la catedral y en los aleros de los tejados, y por los ruiseñores en los bosques y en los jardines.

Un acueducto, adornado pomposamente de fina hiedra, rompe la sombría apariencia de un tajo verde y lustroso, y la *Cuesta del rey Chico* se abre entre dos cortaduras en violenta pendiente.

Antes de seguir, apuntaré que el valle del Darro recibía el nombre de *Axarit* y lo utilizaban los moros con predilección para las personas enfermas ó delicadas, á fin de que aspirasen sus puras y salutíferas emanaciones.

Arranca la subida á la fuente del Avellano en una planicie de la margen izquierda del río y, salvo tal cual especie de trinchera del monte, desciende éste hacia las inmediaciones de aquél. Cerca de la cumbre, cubierta de vegetación, lo mismo que toda la vertiente, asoma Generalife. Los cármenes se escalonan en la faja de terreno por donde ondula el camino, y en la orilla derecha del Darro sube el suelo hasta redondearse en suaves contornos. Las huertas y los jardines lo tachonan, y un largo muro, resto de la antigua cerca de Granada, baja por la ladera hasta encontrar la vía que conduce al colegio del Sacro Monte. Entre los claros de las chumberas asoman agujeros medrosos, albergue de numerosas familias de gitanos, quienes ocupan las cuevas en unión de algun macilento pollino.

El gitano conserva como una religión la idea de lo *clásico*, sin darse cuenta del hecho; y ni en las costumbres ni en el indumento ha cambiado un ápice. Siempre se nos presenta como el tradicional tipo que causa regocijada sorpresa al extranjero. La mujer con abigarrado vestido de amplios faralares, y el hombre con ajustado pantalón, pródigo en remiendos y en descomunal *campana*, cubierta la cabeza de un *catite*, ceñida la cintura por descolorida faja y armado de un látigo, cuya vara le sirve á maravilla de punto de apoyo que facilita extravagantes actitudes, en las que se admira la flexibilidad de su dueño. En cuanto á los rapazuelos, pueden aceptarse para estudiar el desnudo, porque el traje les es desconocido en esa edad dichosa. Desgraciadamente no hay medio de compararlos con poéticos amorcillos; antes bien, parodian esfinges egipcias ó ídolos de la India.

Sale de las cuevas ruido estridente de martillos que golpean sobre yunques; brillan llamaradas que dan fatídica luz á los humildes antros, y vemos, por fin, que en éstos se elaboran los útiles de herrería á que tan aficionados son los individuos que los habitan.

Conforme avanzamos en nuestro paseo encontramos distintos elementos de composición en el paisaje. Uno de los recodos permite ver el Albaicín, y tornando la mirada al trecho recorrido, hallamos parte de la ciudad, la catedral y un fragmento de la Vega. Otra de las vueltas pone de manifiesto las *Angosturas de Darro* y, por encima, la capilla próxima al Sacro Monte. Cierran al frente el cuadro del valle dos montes que se estrechan y á lo lejos una cima de la Sierra Nevada.

La fuente del Avellano está en una reducida meseta y es un pilar de piedra con surtidor que arroja un pequeño caudal de agua. En la parte superior del receptáculo, una inscripción dice así:

«*Reynando el Sr. D. Fernando VII de Borbon Q. D. G. siendo Capitan Gral. de esta prov.a el Exmo. Sr. D. José Ignacio Albarez Campana y Correg.r de esta Capital el Sr. Marqués de Altamira, la ciudad de Granada hizo esta Obra comisionando para ella á el veinte y cuatro de su Ayuntamiento D. José Marín. – Año de* 1827.»

Después angosta el camino, sin ofrecer accidente notable, y llegamos á la fuente de la *Salud*, análoga á la precedente y, por último, á otra que para no ser de ralea peor que la primera, se ufana con el siguiente letrero:

«*Se amplió y mejoró este camino construyéndose esta fuente y la que precede siendo Alcalde Presidente del Ecselentísimo Ayuntamiento Constitucional D. Antonio Maestre y Requena. – Año de* 1861.»

La metáfora del concepto apuntado hace reir, á menos de aceptar que la mejora aludida se ha borrado completamente; porque la vereda, húmeda, resbaladiza, mal conservada y en la que las moreras con sus aguzadas espinas punzan al transeunte, no reclama, ni mucho menos, los honores de un recuerdo esculpido en la piedra. El camino merece este nombre sólo á trechos; pero la mayoría de su extensión consiste, según decimos, en un sendero casi peligroso, á juzgar por los desprendimientos del suelo. En este particular, la incuria se percibe con acentuados rasgos y lleva el pensamiento á las comparaciones, aun comprendiendo la odiosidad de tarea semejante. En Granada la naturaleza lo hace todo, y apenas si algunas veces acude el hombre en su auxilio.

La puesta del sol es hermosa. Las montañas, que sirven de marco á la Vega en dirección á Loja, se tiñen de suavísimos tonos violáceos. De los pueblos y caseríos se eleva tenue vapor que modifica los efectos de la perspectiva. El astro, en apariencia rojizo, desaparece tras la Sierra Elvira, y súbito se torna el color vivo de los campos y de los jardines próximos á nosotros en matiz opaco. Los bosques y las alamedas pierden sus tintas animadas, y los cipreses, erguidos á la manera de espectros, justifican merced á la negrura de sus copas el calificativo de árboles de la muerte.

La tarde alegre ha concluído. Las nubes encarnadas, amarillas y cenicientas no brindan cambiantes caprichosos, y de todo el mundo de armonía sólo subsiste el rumor del río, que arrastra sus aguas saltando tumultuosas en las pulimentadas piedras.

Brillan las luces de Granada y percíbese el sonido de las campanas en iglesias y conventos, como si con sus voces quisieran recordarnos que es llegada la hora del recogimiento.

¡Aviso inútil! En el realismo de la vida pasa fugaz el instante de la fantasmagoría, inspirada por los objetos exteriores que nos rodean, y subsiste íntegra la verdad de la meditación.

Augusto Jerez Perchet



CUENTO DE AMOR

POR PABLO MARGUERITE — ILUSTRACIONES DE ROCHEGROSSE

A la señora Lucía Kampmann

I

EL ARBOL DE ORO

En un país amarillo, verde y azul, color de los trigos, de las maderas y del mar, reinaba un emperador, sabio, muy bueno y de edad tan avanzada, que los hombres nacidos el mismo día que él reposaban todos en la tumba. No se presentaba á sus pueblos sino en raras ceremonias, ostentando todavía orgullosamente la diadema, el manto de oro y cetro; fuera de estas ocasiones, vivía invisible y pensativo en su palacio.

¡Singular morada! En el parque no había más que aguas estancadas de color verdoso, estatuas leprosas, maleza y árboles muertos; durante el día, los cuervos revoloteaban allí pesadamente, y por la noche no se oía más que la queja melancólica del sapo. La hierba crecía en los patios libremente; en las habitaciones, los techos estaban agrietados, el pavimento desunido, las chimeneas ahumadas, la carcoma corroía los muebles y en la llama del fuego veíanse bailar salamandras.

Por lo demás, aquella mansión parecía hallarse en armonía con su dueño, que pensaba en cosas muy tristes. Veinte años antes, su hijo y su nuera habían muerto después de un reinado de trece meses y de haber dado aquélla el ser á un niño. Siguieron más tarde otras desgracias: el rayo abrasó al adivino que trazaba en la cámara contigua el horóscopo del tierno infante; tres de sus nodrizas perdieron el juicio; y el agua, el veneno y el fuego amenazaron su existencia, siendo verdaderamente un milagro que sobreviviera.

El emperador, su abuelo, cuidábale con la mayor solicitud; de modo que el joven príncipe no careció de los más asiduos cuidados, ni de los más agradables placeres, ni de los más sabios maestros, ni de los más agraciados pajes. Sin embargo, crecía taciturno y endeble, cual planta que se marchita en la sombra de una cueva; hablaba poco, pensaba mucho, leía demasiado, y rara vez salía de palacio: hubiérase dicho que el sol le deslumbraba y que el aire puro le abrasaba el pecho. Faltábale un año para ser mayor de edad y entonces debía ocupar el trono.

El príncipe quería en particular á su hermanastro, el robusto Mainrad, nacido de una sierva, especie de gigante de cabello rojo y ojos de niño, diestro cual ninguno en todos los ejercicios de fuerza y atrevido cazador. Este hombre no quería menos á su joven señor; temible para los otros, era humilde en su presencia y obedecíale ciegamente. Siempre triste, porque veía á su joven hermano tan débil, trataba en todas ocasiones de llevarle á las cacerías, para que se distrajese entre los caballeros, las jaurías y el toque de las bocinas, esperando que los rudos ejercicios le devolverían el apetito, el sueño y la salud. El príncipe, que no consentía en todo ello sin repugnancia, cierta mañana de otoño fué con Mainrad para correr el ciervo en el bosque.

San Huberto los protegió: ya la bruma violácea del lejano horizonte desvanecíase bajo los rayos del sol; el tiempo estaba hermoso; la atmósfera clara y fría; desde la mañana hasta la noche, el toque de la bocina resonó por todas partes, y los ecos repitieron sus prolongados sonidos. Bajo los pies de los caballos, las hojas secas volaban por los aires. Se cobraron cinco jabalíes, una corza, seis gamos y dos ciervos.

A través de los claros del bosque y de las rocas, adelantándose á los señores que, látigo en mano y el cuchillo en el cinto, cabalgaban en confusión, el príncipe, distraído y meditabundo, corría al galope de su caballo negro entre dos lebreles blancos.

No se hizo alto, más que una hora para recobrar fuerzas: los servidores del príncipe habían depositado ya en el centro de una encrucijada el vino, las carnes, frutas y pan; cada cual comió y bebió y sólo el príncipe no quiso sentarse, entreteniéndose en coger violetas sin perfume, alejado de los demás. No tardó Mainrad en ir á buscarle, y preguntóle en qué pensaba.

— Complacíame en contemplar, contestó, ese álamo blanco, cuyas hojas, doradas por el otoño, se estremecen agitadas por el viento; el sol que en ellas se refleja las reviste de mágico brillo, y cual espejos rotos, despiden chispas, pareciendo que del árbol de oro se desprenden mil esmeraldas, perlas y estrellas.

Mainrad abrió desmesuradamente los ojos, pero no vió allí más que un abedul de los más comunes.

— Pero, añadió el príncipe, el sol se oculta, el viento silba, las hojas tiemblan. ¡Ah! Convulsivamente arrancadas, arremolínanse en todos sentidos y desaparecen al fin. ¡Ni una siquiera queda ya! Todo concluyó; ese álamo no es ya más que un esqueleto. ¡Así sucede con nuestros años, hermano mío; brillantes y hermosos, agítanse y no se prenden bien al árbol de la vida; de modo que el primer soplo de muerte se los lleva! Quisiera retirarme; estoy cansado...

Todo el mundo volvió á montar á caballo y emprendióse la marcha, los cazadores rendidos de fatiga, Mainrad acosado de tristes presentimientos, y el príncipe, muy pálido, á la cabeza de su comitiva. Sus acompañantes viendo que tomaba un camino inusitado, cenagoso, donde se percibía un marcado olor á



Complacíame en contemplar ese álamo blanco. .



setas, y al cabo del cual una lima de agua brillaba como el acero, le advirtieron que aquello era río.

–No importa, repuso, le vadearemos.

Algunos objetaron, y entre ellos el mismo Mainrad, quien le dijo que el agua era muy profunda y que no había vados.

–¡A galope!, gritó el príncipe con voz imperiosa. ¡Veamos quién llega el primero! ¡Tocad las bocinas!

Clavando las espuelas en los ijares de su caballo, muy pronto estuvo lejos, siguiéndole Mainrad de cerca, y detrás se precipitaron locamente todos los cazadores cubiertos de barro. El ronco son de las bocinas dominaba las voces de los hombres, los relinchos de los caballos y los ladridos de los perros; el río parecía ensancharse, desbordarse, correr; todos se arrojaron al agua; muchos corrieron peligro de quedarse allí y tres picadores se ahogaron. El príncipe vió su agonía, y llegado á tierra el primero, perdió los estribos y cayó como inerte. Mainrad, precipitándose al punto, cogióle en sus brazos; lúgubre silencio reinó entonces entre los hombres y los animales, como si el espanto y el estupor les hubieran convertido en estatuas. Vuelto al fin en sí el príncipe, los que con él iban colocáronle consternados en unas parihuelas de ramaje. Sus dientes castañeteaban, y se le oyó murmurar: «¡No es nada!»

Después añadió con triste sonrisa:

–¡Puedes creedme, Mainrad, no era el árbol aquel como los otros; era un árbol de oro, y todas sus hojas han desaparecido!...

El pesar del emperador, al ver que llevaban en procesión fúnebre el cuerpo de su nieto, fué tan profundo como violento el furor de Mainrad, que se acusaba á sí propio, arrancábase la barba y quería morir. Día y noche veló de continuo, disputando á la muerte su hermano querido y delirante, cuyas mejillas se cubrían ya de sombra. Once semanas transcurrieron antes de que el príncipe recobrara la razón. Entonces pudo entretenerse en su lecho con unos gatitos á que era muy aficionado, y escuchar á su bufón Mite, que le contaba historias. Cierto día vió que ya podía levantarse.

Pero aquel restablecimiento era sólo aparente, y poco á poco el mal secreto que le minaba recrudeció hasta el punto de obligarle á renunciar á todas las distracciones; éstas le disgustaban, y todo comenzó á serle indiferente. El emperador, desesperado, convocó á los médicos más famosos, que acudieron de todas partes: españoles secos como el pergamino, italianos petulantes, ingleses soberbios, alemanes aficionados á la grasa y bohemios que conocían fórmulas misteriosas. Reunidos en congreso, su veredicto fué que el príncipe estaba condenado, y que moriría infaliblemente al cabo de un año, pero no sin ser antes presa de una languidez especial y sin ejemplo, á la cual dieron el nombre de *Mal del príncipe*.

La noticia circuló por todo el reino, y oyéronse lamentos y quejas. «¡Cómo, exclamaban, tan joven y hermoso, y sin haber reinado!... ¡Ah! ¡Qué lástima!» En cuanto al príncipe, á quien no se pudo ocultar largo tiempo la verdad, escuchóla sin pestañear, demostrando así cuán noble era su sangre. Dió las gracias á los médicos, disponiendo que se entregasen á cada uno tres bolsas llenas de plata, de oro y de rubíes; y desde aquel día, como si la certidumbre fuese para él menos amarga que las dudas ó quisiera dulcificar el dolor de su abuelo y de su hermano, mostróse de buen humor y ya no abandonaron sus labios una dulce y melancólica sonrisa.

En su interior, deseaba la muerte inmediata. ¡Qué amarga ironía era para él aquel año que le restaba de vida! ¿Qué podía hacer y cómo emplearle?... Otros pensaban lo mismo, y hubieran querido distraerle, ocuparle de continuo en algo, á fin de que no pensara en la sombría idea fija. Con este fin, el general de los ejércitos, anciano ilustre, fué á proponerle los peligros y la gloria de una campaña contra los turcos; el ministro de Justicia, hombre dado á los placeres, elogióle los manjares y vinos delicados, la orgía suntuosa y la embriaguez de los sentidos. El antiguo preceptor del príncipe le invitó á pensar en Dios y á retirarse á un monasterio; y por último, el emperador quiso abdicar en él la corona, para que conociera el orgullo y las alegrías del poder.

El príncipe lo rechazó todo.

Pero he aquí que la princesa Javiera, hija de un rey poderoso, se enamoró perdidamente del príncipe, y envióle su retrato, de admirable parecido, ofreciéndole al mismo tiempo su mano. Mainrad, persuadido de que los médicos eran unos ignorantes y de que la felicidad de amar y de ser amado, unida á la fuerza de la juventud, resucitaría al príncipe, instóle mucho á consentir en el casamiento; mas el príncipe no quiso escuchar nada, ni ver el retrato, ni siquiera mirar á la princesa, que habiendo ido á verle en pomposa embajada, hubo de volverse á sus Estados, con no poca mortificación del rey su padre.

Poco faltó para que, á consecuencia de tan inexplicables cuanto inmerecidos desdenes por parte del príncipe hacia la princesa Javiera, se originase una guerra entre el poderoso monarca y el sabio emperador.

(Continuará)



Entonces pudo entretenerse en su lecho con unos gatitos...

SECCIÓN CIENTÍFICA

FERROCARRIL MARINO

Recientemente ha solicitado D. Juan Anglés y Gibert, de esta ciudad, patente de invención por un ferrocarril marino, acerca del cual publicamos los siguientes datos, tomados de la memoria que al efecto presentó el inventor al ministerio de Fomento

«El ferrocarril marino se compone de dos vías que sobresalen del nivel del agua y sobre las cuales se apoya y corre el buque á la manera que correría un coche sobre un puente de barcas, con la sola diferencia de que las barcas ó cuerpos flotantes que sostienen las vías se transportan y colocan ó desarrollan continua y sucesivamente sobre el agua á medida que el buque avanza, hallando éste siempre en su marcha las vías francas ó expeditas, apoyándose siempre en igual extensión de ambas vías y estando éstas constantemente en inclinación descendente, con facilidad de cambiar automáticamente esta inclinación,

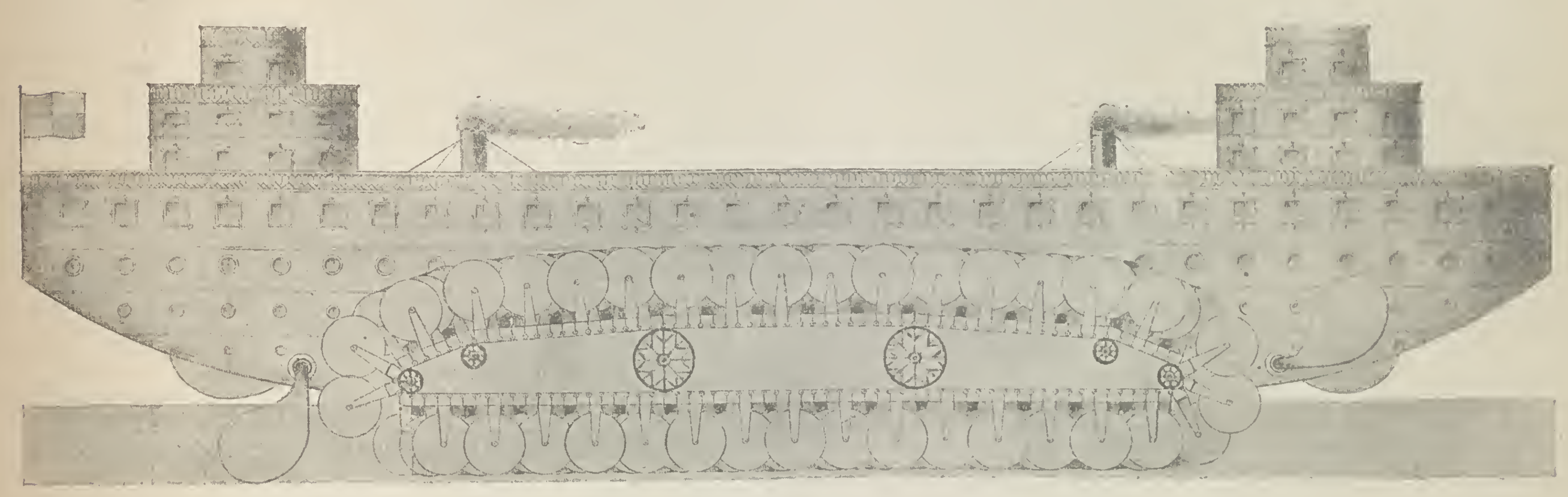


Fig. 1. Sección lateral del buque ferrocarril

según el sentido hacia donde el barco camina; de manera que si hacia la parte de proa sobresalen las vías un metro de la superficie del agua, en la parte de popa sobresalen dos metros, ó sea 1'66 metros por 100 metros de longitud, formándose de este modo un plano constantemente inclinado sobre el plano horizontal del agua, lo que no es posible obtener en los ferrocarriles terrestres. En resumen, el ferrocarril marino no es más que un vagón más ó menos grande que corre sobre unas vías descendentes; los flotadores hacen las veces de suelo ó terreno que sostiene los rieles en los ferrocarriles terrestres, transformando de este modo la superficie del agua en tierra firme.»

. . . .

«Con el ferrocarril marino se podrán lograr en el agua velocidades imposibles de concebirse ni realizarse con los buques á vapor hoy conocidos, sometidos á la ley de resistencias que ofrece la densidad del líquido en razón directa del cubo de la velocidad multiplicada por la sección transversal sumergida del buque.»

. . . .

«Un ferrocarril marino con vías de 75 metros de longitud por 20 de ancho y desplazamiento de 5.800 toneladas, con ruedas motoras de 5 metros de diámetro, ó sean 15'71 metros de circunferencia á 80 vueltas por minuto, recorrería 75.408 metros en una hora, ó sean 40'7 millas.»

Los grabados que reproducimos (figs. 1 y 2) representan un buque ferrocaril de 120 metros de longitud por 20 de anchura y una vía á cada costado, también de 20 metros de ancho, amplitud necesaria para la estabilidad del buque y las vías. Estas tienen 60 metros de longitud entre los dos ejes de sus ruedas extremas, que con el grueso de la vía y diámetro de los flotadores suman 75 metros de extensión. Las ruedas motoras tienen 5 metros de diámetro: los flotadores huecos, de forma biconvexa, 5 de diámetro por 2 de ancho, y su peso puede calcularse en 1.500 kilogramos cada uno. De esto resulta que el peso de las dos vías (256 tramos y 480 flotadores) es de 1.104 toneladas.

«Teniendo esto en cuenta y atendiendo al desplazamiento de los 232 flotadores sumergidos (25 toneladas cada uno) resulta una diferencia de 4.696 toneladas, que sobre un plano inclinado de 1'66 metros por 100 metros de longitud, tienen un peso vertical

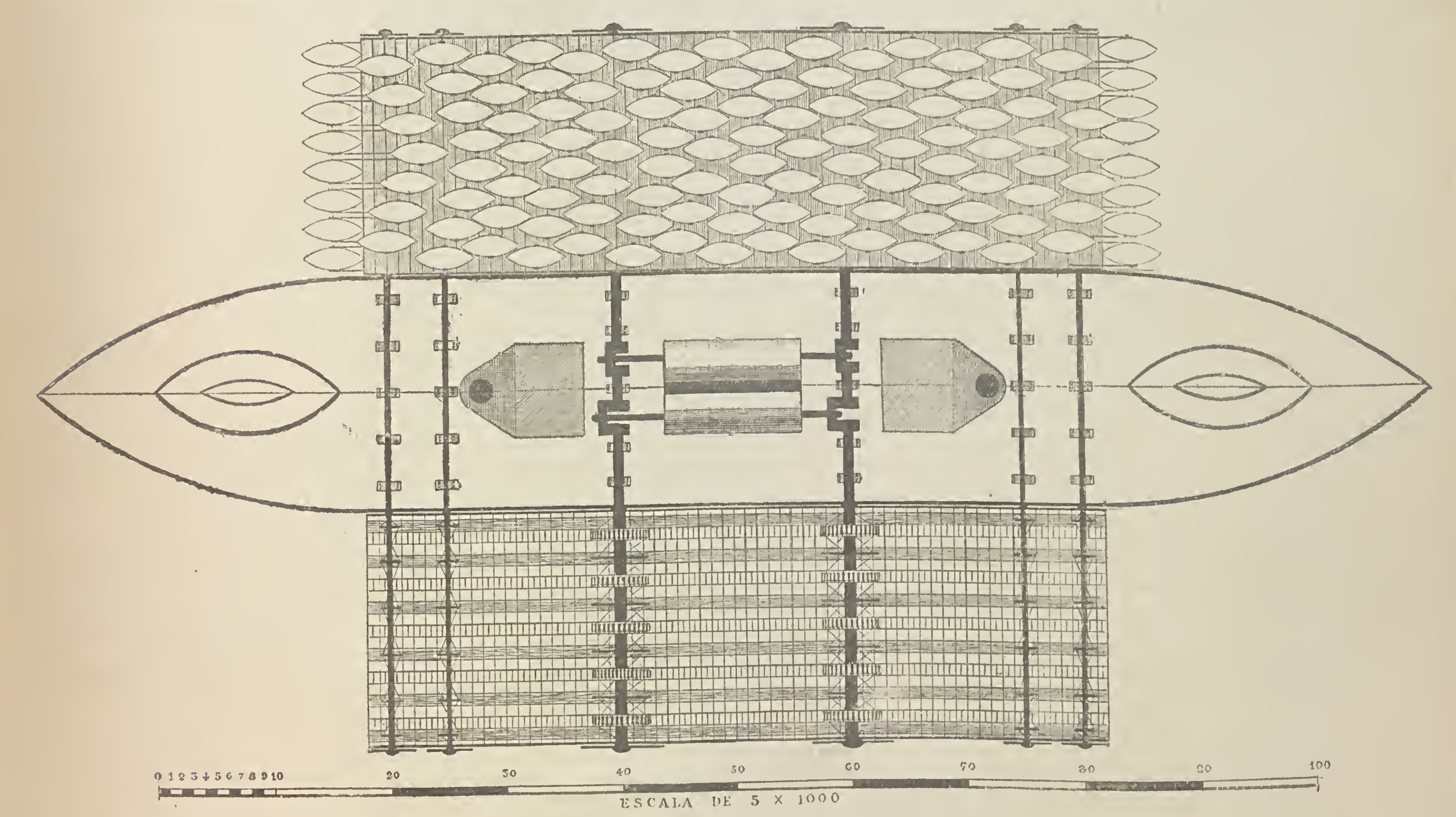


Fig. 2. Sección horizontal del buque ferrocarril

ó fuerza de tracción de 77'953 toneladas. La fuerza de tracción necesaria para el transporte de la parte superior de las vías es de 16'350 toneladas, quedando por lo tanto un sobrante de fuerza de tracción de 61'603 toneladas.»

Con lo dicho se demuestra que el solo peso del buque bastaría para el transporte de las vías y para dar al buque la velocidad que se deseara, regulándola á voluntad según la mayor ó menor inclinación de las vías, cuya inclinación puede aumentarse, disminuirse y cambiarse de sentido automáticamente con el peso de un vagón con lastre que recorre una vía colocada en el fondo interior del buque, situando dicho vagón en el centro del buque para quedar las vías horizontales y parar la marcha. En todo caso, como

ya se ha demostrado anteriormente, bastaría una fuerza de tracción para el traslado de la parte superior de las vías y para iniciar y ayudar el movimiento del buque y vencer los cabeceos de popa á proa que pudieran alterar á momentos la inclinación de las vías en mares ó ríos un poco agitados.

»Con la construcción de uno ó dos modelos perfeccionados de 10 ó 12 metros de longitud y demás proporciones representadas en los grabados, se comprobará prácticamente esta teoría que tan lógicamente se desprende de la inclinación que en el agua se puede dar á las vías; pudiendo después, con seguro éxito, emprender la construcción de buques de gran porte de 60 hasta 120 metros de longitud, aplicables á la navegación en grandes ríos navegables y mares calmas.

»Más adelante, si se creyese practicable, podría intentarse la construcción de un ferrocarril marino para navegar en altas mares, en cuyo caso tendrían que ser muy grandes sus proporciones para que las vías pudiesen extenderse sobre dos ó tres largas ondas y atenuar en lo posible los balances en gruesas mares. También debería tener este buque mayor distancia desde su fondo y vías sobre el nivel del mar para evitar el roce y embate de las olas en el casco, y evitar también que éstas invadieran las vías en las superficies en que las ruedas del buque se apoyan y corren.

»Los flotadores han de tener el menor peso y la mayor resistencia posibles, y una forma conveniente para suavizar su entrada en el agua. Los representados en las figuras 5 y 6, de forma biconvexa, giran sobre un eje que los atraviesa por el centro de su diámetro, merced á lo que resbalan y ceden á la presión del agua en el instante de su inmersión. Para revisar si tienen agua llevan cerca de la línea de su circunferencia un agujero que se cierra á tornillo.

»La fig 2 representa en una sola vía la colocación de los flotadores en línea diagonal para que se distribuya su peso entre todos los tramos de la vía, de manera que en cada 7 tramos seguidos hay 2 flotadores en cada tramo y un flotador en el octavo; de otro modo, estando los flotadores unidos á la vía en tramos de un metro de longitud, gravitaría el peso de 8 flotadores en cada tramo de 4 en 4, quedando 3 tramos intermedios sin peso alguno; y si en cada tramo de 1 metro por 20 se colocase en toda su extensión un solo flotador ó varios flotadores fraccionados ó divididos, sería preciso construirlos de una forma poco adecuada para su inmersión, teniendo, además, que sostener cada tramo un peso enorme en el momento de dar la vuelta los flotadores en los extremos de las vías.

Fig. 3. Extremo lateral de la vía con ruedas interiores

Fig. 5. Corte transversal de un flotador

»Para poder disminuir el peso de los flotadores y evitar que gravite sobre los tramos de las vías en el acto del ascenso y descenso en los extremos de las mismas, dadas las condiciones de altura que han de tener sobre el nivel del agua, hay el medio de hacerlas independientes de los flotadores en el momento de dar las vueltas para salir y entrar en el agua, quedando luego unidas unas y otros en las partes de las vías paralelas, superior é inferior, para que la primera arrastre á la par los flotadores que transporta y queden libres al dar las vueltas de entrada en el agua y la inferior ó sumergida los suelte en su ascenso ó salida.

»Para esto los flotadores deberían tener la forma de medio cilindro cortado en su longitud por el diámetro de sus bases. Dada esta forma y suponiendo como dimensiones 5 metros en las bases por 20 de altura, habría en ambas vías (teniendo en cuenta la distancia de éstas, de eje á eje de las ruedas extremas y el diámetro de estas ruedas, que es de 5 metros) 62 flotadores con un desplazamiento de 5.488 toneladas; pero como tales flotadores pesarían menos que los biconvexos, quedaría libre para el buque un desplazamiento de 4.840 toneladas.

»Asimismo las vías requieren en su construcción detalles esenciales; sus tramos ó secciones (figs. 3 y 4) son á manera de eslabones que las unen ó encadenan formando las dos vías sin fin, ó sea una vía en cada costado del buque que llevan suspendido y sobre las cuales el buque se apoya y corre. Estos tramos están unidos por varios ejes independientes uno de otro, tanto en los tramos que forman la longitud de las vías como en las que forman su anchura. Conviene que así sea y no de otra manera, porque si cada uno de los tramos que forma la longitud de las vías estuviese en su anchura atravesado de una á otra parte por un solo eje, sería muy peligrosa su ruptura; pero estando los ejes divididos ó seccionados, aun en el caso improbable de romperse algunos no podría ocurrir avería peligrosa y sería muy fácil reponerlos.

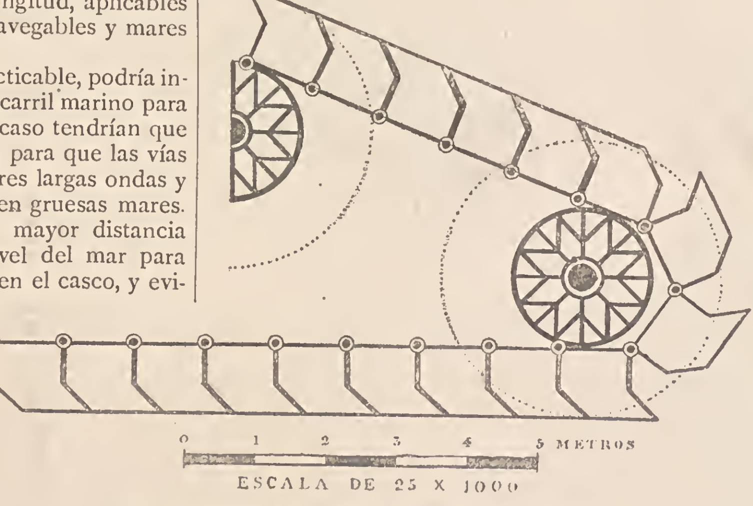


Fig. 4. Extremo lateral de la vía con ruedas guarda-vía

»Cada uno de los tramos está construído de manera que las partes inferiores de las vías, ó sean las en que se apoya el barco y están sostenidas por los flotadores sumergidos, forman una línea recta por la presión que ejerce el agua de abajo arriba, y para que en ningún caso pueda resultar algo convexa esta línea por el desgaste ó flojedad de los ejes, es preciso construirlos de manera que resulten insensiblemente cóncavas en su extensión al estar tendidas sobre el agua. Es también indispensable que estas vías estén flojas con relación á la distancia de un extremo á otro de las ruedas que en dichas vías se apoyan, pues estando las vías tirantes, como acontece en las correas sin fin, no se lograría efecto alguno porque que en vez de irse extendiendo sobre el agua, giraría con mucho trabajo toda la vía, quedando para los efectos de velocidad del buque en inferiores condiciones que los buques á vapor con ruedas, aunque las vías estuviesen adicionadas con sus correspondientes palas propulsoras.

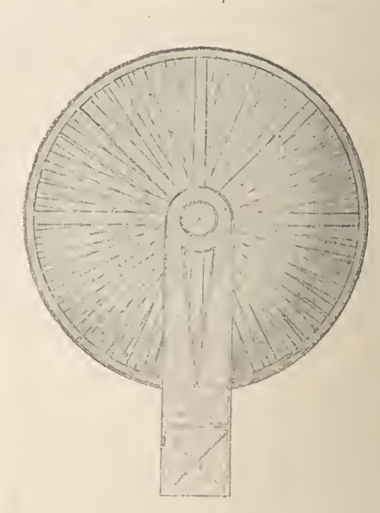
»El buque ferrocarril marino está atravesado por ejes perpendiculares á su longitud que sobresalen por ambos costados del buque y tienen las ruedas necesarias para sostenerlo y para su locomoción sobre las vías, á la manera que un coche ó vagón de ferrocarril se apoya y corre sobre los rieles.

»Los ejes de las ruedas (figs. 7 y 8) con relación á las vías pueden ser colocados de tres distintas maneras:

»1.ª Ejes en una sola línea horizontal para ruedas de igual diámetro que apoyan sobre las vías y flotadores y los van extendiendo sucesivamente sobre la superficie del agua á medida que el buque avanza.

»Según la anchura de las vías se reparten mayor ó menor número de ruedas para que se distribuya el peso en la longitud de los ejes, así como debe haber mayor ó menor número de ejes para que se distribuya el peso en la longitud de las vías.

»Para que las ruedas motoras no puedan resbalar por deficiencia del peso indispensable á la fuerza de tracción, deben alternarse en la anchura de la vía ruedas con circunferencia lisa que apoyen sobre la superficie lisa de la vía y ruedas de engranaje que toquen, pero sin apoyar, en los engranes de la vía. El engranaje de las ruedas con las vías ha de ser suelto y sencillo á la manera de parrillas ó barras equidistantes y paralelas entre sí y perpendiculares á la longitud de las vías; y en las ruedas á la manera de radios, que sobresalgan de su circunferencia y entren suelta y francamente en los espacios de las barras para impulsar el transporte de la parte superior de las vías, porque el acoplamiento por sí solo de las ruedas motoras, sin otras de engrane, no bastaría para vencer la resistencia que opondría la vía á las ruedas de los extremos hacia donde caminase el barco, al paso que con ruedas de engrane, el buque estará siempre situado en el centro de las vías, quedando por lo tanto éstas siempre igualmente flojas y sueltas, tanto en los extremos de atrás como en los de delante.


Fig. 6. Parte lateral de un flotador

»2.ª Ejes en dos líneas paralelas horizontales: una línea superior de ejes para las ruedas de engrane motoras que transportan la parte alta de la vía, y otra línea inferior de ejes para las ruedas lisas sobre las cuales se sostiene y corre el buque: de este modo las ruedas de engrane sólo rozan por encima en la parte alta de las vías para transportarlas, y las ruedas lisas sostienen por debajo dicha parte alta y apoyan en la parte baja para hacer correr el buque por la vía inferior.

»3.ª Ejes en combinación mixta para el transporte de las vías y marcha del buque dando el conveniente diámetro á las ruedas motoras, situando los ejes de manera que todas las ruedas de mayor y menor diámetro, si las hubiese, apoyen sobre la línea inferior en línea recta.

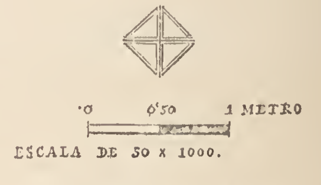


Fig. 7. Eje hueco formado con planchas de hierro

»La práctica determinará exactamente el sistema más sencillo y que ofrezca mayores ventajas para disminuir la mayor suma de resistencias y obtener una marcha expedita y rápida con el buque ferrocarril.



Fig. 8. Eje sobre ruedas para facilitar el movimiento

»El ferrocarril marino, más simplificado y modificado en sus vías, sin necesidad de flotadores y transformado el buque en coche ó vagón, es aplicable á las grandes llanuras, como por ejemplo, las de la República Argentina, y á las grandes extensiones arenosas, como las del desierto de Sahara.

»En los suelos llanos de tierra firme actúa como un ferrocarril, sin necesidad de rieles, y en los sue-

los de arena movediza, en los que es imposible establecer rieles, porque se cubrirían de arena, y de la que aquellas vías se pueden resguardar, sería un excelente medio de transporte, ya para el comercio ó colonización, ó bien para en casos de guerra en que los coches bien fuertes y petrechados serían verdaderas fortalezas movibles inexpugnables para enemigos que difícilmente podrían atacar con éxito á pie ó á caballo, etc.

»Esta aplicación terrestre, para mí de momento, no ofrece otra dificultad que la de hallar un medio expedito para el cambio de dirección del coche, cuya solución la considero difícil, por lo cual no hago objeto en esta patente de la aplicación terrestre.»

X

TALLER DE D. ROSENDO NOBAS. (De una fotografía de A. Torija.)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO X — BARCELONA 25 DE MAYO DE 1891 — NÚM. 491

PUBLICIDAD EN LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

Á partir del pasado mes de Abril, ha empezado á publicarse una nueva Sección de Anuncios en las páginas I, II, III, IV de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, como puede verse en el presente número.

Basta fijarse en el gran número de páginas destinadas para anuncios, que figuran en las Ilustraciones francesas, inglesas, alemanas, norteamericanas, polacas, austriacas, etc., etc., y el elevado precio á que se pagan (algunos á 4 y 5 francos línea corta) para quedar convencido de la importancia que revisten esta clase de anuncios.

La ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA es una publicación universalmente conocida, que circula principalmente entre las clases acomodadas y la buena sociedad española y americana, y cuya tirada, que es regularmente de

20,000 EJEMPLARES (más de UN MILLÓN de ejemplares cada año)

tiene que aumentarse todos los días por aumentar también el número de sus abonados.

Ofrecemos á nuestra clientela todos los medios de investigación necesarios para comprobar la exactitud de nuestra afirmación.

Exigiendo iguales justificantes a los demás periódicos, los señores anunciantes podrán convencerse de que la tirada de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA es, no solamente superior á la de las otras publicaciones ilustradas, sí que también á la de la mayor parte de nuestros periódicos diarios.

Nuestra Sección de Anuncios resulta, pues, un poderoso elemento de publicidad para el comercio, pues entre sus muchas ventajas tiene la de ser un anuncio para toda España, igualmente que para las Antillas y América del Sur, cuyos mercados son actualmente el punto de mira de la industria española.

Como bajo el punto de vista de su permanencia, los anuncios de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA surten todos los efectos de un anuncio diario, porque cada número es leído por varias personas permaneciendo muchos días á la vista antes de ser coleccionado y encuadernado, publicamos quincenalmente nuestra nueva Sección de Anuncios.

CONSECUENCIAS DE UNA DISTRACCIÓN, *por Padrós*



Encuentro,



distracción y



choque

EL FOTÓGRAFO DE AFICIÓN, *por Padrós*



1—La fotografía ¡cuántos placeres proporciona!



2—¡Vaya un día espléndido! Dios protege al arte



3—¡Por vida de la nube!



4—Esperemos á que escampe



5—¡Santa Bárbara bendita!



6—La fotografía ¡cuántos placeres proporciona!

FUEGO Y... ¡AGUA! *por Padrós*



1 — ¿ . . . . . . ?



2 — ¡ . . . . . . !



3 — ¡¡¡ . . . . . . !!!

Tipografía LA ACADEMIA, Barcelona